

rruecos, igualmente querían que las islas de Cabo Verde no se unieran a Guinea-Bissau, ni con la fórmula más liviana de federación. Durante los escasos años que Caetano estuvo —tras Salazar— en el poder, uno de sus más dorados empeños consistió en convencer a la OTAN (o en su defecto a los Estados Unidos individualmente) de que estableciera una base en Cabo Verde. El plan —ligado a la eliminación de Amílcar Cabral, la consolidación del divisionismo entre islas y continente— estribaba en comprometer a los occidentales (aún más de lo que estaban, y ya lo estaban mucho) en la defensa a ultranza del tambaleante imperio lusitano en África. Caetano fue despedido, y el imperio ha caído sin que el sueño se concretara. Por falta material de tiempo. Porque cuando el Pentágono vio, con ocasión de la última guerra israelí las dificultades que algún aliado ponía para el reabastecimiento de los aviones camino de Israel, pensó que cuantos más apoyos se tuvieran en algunos sectores del Atlántico, tanto mejor. De ahí el reciente capricho norteamericano de establecer una base en la isla de la Sal, en el grupo de Barlovento de las Cabo Verde. Pero ya era tarde, tal como demostró el 25 de abril y el dominio de independencias anunciado por el Movimiento de las Fuerzas Armadas portugués. Tarde, al menos para negociar con la metrópoli. Sin embargo, la dificultad para «negociar» con los independizados caboverdianos radica en el ya quizá suficiente nivel de nacionalismo y socialismo alcanzado por un sector importante de la población y en los fuertes lazos con Guinea-Bissau ya conseguidos. Lo cual no quiere decir que no haya que estar atentos a maniobras más o menos sutiles.

Pero más fácil ha de resultar la negociación con ciertos grupos en las Azores y en Madeira. Porque las islas de Santo Tomé y Príncipe, que devendrán oficialmente independientes el 12 de julio de 1975, pueden ser también duro hueso de roer. No obstante, es de esperar que Washington intente volcar en ellas cualquiera de sus influencias, dada su estratégica situación en el golfo de Guinea, magníficamente situadas en el Atlántico Sur, desde donde se puede observar la evolución de Angola.

Lo interesante para Washington es que Azores y Madeira son (¿todavía?) partes integrantes del Portugal metropolitano. No es que haya muchos hechos diferenciales (al igual que en el caso de Canarias) entre insulares y peninsulares, pero, al igual que en

Canarias —posiblemente más—, existe un poderoso sentimiento de abandono con relación a Lisboa. Hace escasos meses hubo unos repentinos y graves disturbios en las Azores con pretensiones autonomistas. Es difícil aún valorar el apoyo que los azorianos podrían dar a un verdadero movimiento independentista bien estructurado, pero si las nuevas autoridades de Lisboa no se espabilan, los tiros (y nunca mejor dicho) pueden ir por ahí. Con ocasión de esa revuelta de hace semanas se dijo que los Estados Unidos estaban indirectamente relacionados con ella (asistencia a los implicados, sobre todo empresarios y comerciantes interesados en crear unas Azores independientes, comercial y económicamente «agresivas», con vínculos estrechos con los Estados Unidos). Recuérdese que en las negociaciones entre norteamericanos y nuevos portugueses para renovar el acuerdo sobre la importante base norteamericana en Lajes (Azores), éstos han venido insinuando que no permitirían que los yanquis repostaran allí en caso de una nueva guerra con los árabes. Dadas las implicaciones de unos y otros, pocas dudas caben respecto a que uno de los estrechos vínculos entre posibles azorianos independientes y Washington consistiría en una base militar.

Los posibles (¿probables, seguros?) tejemanejes de los Estados Unidos van exactamente en la misma línea en el caso de la insular Madeira, con muy similares problemas y características a las Azores. Evito repetir el esquema.

Hasta aquí unas cuantas consideraciones sobre lo que entiendo pueden ser motivos, propósitos y movimientos en relación con el Noroeste de África de una potencia, a propósito de la cual no creo que haya nadie —científicamente hablando— que se rasgue las vestiduras por denominarla imperialista. Los objetivos, tácticas y técnicas que he venido describiendo son los propios de todo poder ejercido como lo ejercen los Estados Unidos de América. He tratado en este artículo de la posible relación imperialista del coloso yanqui con unas cuantas islas atlánticas «clave» —para usar la propia terminología del Pentágono— porque nos toca muy de cerca en lo que se refiere a Ceuta, Melilla, las Canarias y el Sahara. Y no muy lejos en lo que respecta a las demás. Durante mucho tiempo hemos tenido, por razones varias, ninguna o escasa información sobre algunos de los temas que enfoca este trabajo. Que contribuya a despertar el interés sobre los mismos es el principal deseo del autor. ■ E. M. V.

## Los CoNteM poRa nEoS

### EL APRENDIZ DE BRUJO

*López Rega necesitaba la bola de cristal y el velador de tres patas para evocar los manes que le ayudasen a gobernar. Ché, que artesanía. La*

*electrónica lo resuelve mejor. La fotomecánica, los tubos de rayos catódicos, los satélites artificiales, son ahora más rápidos en la concitación del pasado. Cierta que López Rega dejó de ser "Lopesito" gracias a su taumaturgia para llegar a ser el hombre fuerte de un gran país. Pero de poco le valió. Un año, casi dos, de fuerza. Y ahora habita la casa del olvido, la casa que fue de su espectro favorito, el general Perón. Quizá no tuviese bastantes muertos para evocar y se dedicó a producir algunos nuevos. Le atribuyen los doscientos, o trescientos, o quinientos, de la Alianza Anticomunista Argentina, de la que, ahora, se le dice fundador. Cuando se vuelve a ser "Lopesito" se le puede achacar a uno de todo.*

*Pobre Rasputin del Plata, pobre Macbeth criollo. Qué poco aprendió en Madrid. Nuestros fantasmas del pasado no necesitan veladores de tres patas, nuestros brujos no consultan el Gran Alberto ni el Pequeño Alberto, y las bolas de cristal no captan la UHF. Nuestros fantasmas están vivos. Nuestros convidados de piedra —¡esa sí que es una tradición!— dan todas las noches sus golpes en la pared de alguna cena política: "¡Esa llamada postrera/ha sonado en la escalera!". Tienen siempre servido su plato y su copa en el festín.*

*"¡Para eso hemos muerto en la guerra!", decía un hombre poco famoso cuando sentía desdeñadas sus aspiraciones*

*glorioso-económicas de tipo personal. Era capaz de darse por muerto para participar del festín de los vivos. Quería ser el más*

*muerto de los vivos para no ser el más vivo de los muertos. Toda la tradición española está enredada en este juego, desde el señor de Mañara hasta el estudiante de Salamanca que vieron pasar su entierro («¿A quién llevan a enterrar?/Al estudiante endiablado/don Félix de Montemar»). Y a quien más intensamente vive, le llama aquí la gente "un calavera".*

*Pobre López Rega, "Lopesito" ayer y "Lopesito" hoy, qué poco aprendió de toda esta enrevesada tradición de zombies, de muertos vivos y de vivos muertos, y qué poco aprendió del arte de gobernar en su despacho de secretario en la finca de Puerta de Hierro, aun con cadáver embalsamado y todo en lo mejor de la casa. Aprendió la superficie, pero no la entraña. Quizá vuelva a este exilio, pero ya será demasiado tarde.*

*Manejar el tiempo pasado no está al alcance de cualquiera. Una cosa es ser brujo y otra aprendiz de brujo. López Rega, "Lopesito", fue no más que aprendiz de brujo, y cuando invocó las grandes fuerzas ocultas no supo después dominarlas. Le dominaron a él. No es Cagliostro quien quiere, sino quien puede.*

*Qué gran barullo armó el secretario, el incipiente Antonio Pérez, cuya princesa de Eboli tiene dos ojos. Cómo ha dejado el país y cómo el país y los grandes del país le culpan ahora de su impericia y le reprochan su brujería. Qué mal aprendidos llevó sus manuales y cómo ha de pagarlo ahora... ■*

**POZUELO**